

VIVIR EN CRISIS

Crisis es una palabra que se ha hecho cotidiana en nuestro lenguaje. Y sea cual fuere su naturaleza; sea una pérdida de convicciones como pensaba Ortega, sea un desajuste económico con incidencia en todas las actividades productivas o no, sea la desaparición de la capacidad creadora e imaginativa en la clase rectora, con el consiguiente "desencanto" y "contestación" de la masa ^{como} apunta Toynbee explicando el colapso de las civilizaciones, la verdad es que el hecho está ahí y debemos encararnos con su realidad.

Vivir una época de crisis no es nuevo; la novedad estriba en la frecuencia con que ahora se manifiesta aquélla, debida, sin duda, a la aceleración histórica de nuestro tiempo. Los hechos, las situaciones, los conflictos, se suceden con un ritmo de vértigo; los principios, las creencias y los valores que parecían inmutables, se desfazan y pierden validez con creciente velocidad. Y apenas hemos conseguido restañar los desgarros ideológicos, a veces hasta físicos, de una crisis, cuando ya estamos sumidos en otra.

Nos encontramos, pues, en permanente trance de búsqueda de soluciones, ante inquietantes incognitas difíciles de despejar, que es lo que caracteriza, como momento decisivo, a toda crisis; ello nos produce un estado de inseguridad, de desasosiego que se traduce en una tensión creciente, consustancial ya con nuestro modo de vida.

Importa mucho, por tanto, adoptar una actitud que nos permita vadear el torrente de situaciones conflictivas sin ser arrastrados, como muñecos de trapo, por la corriente. E importa, sobre todo, conseguir mantenernos a flote con una cierta arrogancia, evitando claudicaciones que ensucien nuestra propia imagen.

Uno de mis ídolos es Séneca, el cordobés universal. Su vida, aún llena de contradicciones, pues no la ajustó siempre a sus ideas, nos da, sin embargo, una lección de autenticidad en las circunstancias difíciles. En el orden material gozó de riquezas, de poder, de todos los placeres; en el orden intelectual tuvo la incomparable satisfacción de escuchar sus propias frases, sus pensamientos, en boca de las gentes, transformados ya en eterna sabiduría popular. Pero, sobre todo, y es lo que nos interesa, vivió la crisis histórica del Imperio, cuando se oteaba en el horizonte lejano su derrumbamiento. Dentro de aquel torbellino de corrupción, de escepticismo, de descrédito de todos los valores, supo hallar un gesto elegante, en el momento oportuno con que afrontar la adversidad.

La filosofía senequista, que no es genial, ni tan siquiera innovadora, tiene no obstante, un profundo sentido humano, por lo mismo que trataba de encontrar asideros para salvar lo más auténtico de la persona: el concepto de la propia dignidad.

Ganivet, otro español sugerente e importante, hace la síntesis de la enseñanza de Séneca de estas forma:..."sean cuales fueren los sucesos que sobre ti caigan, sean los que llamamos prósperos, o de los que llamamos adversos, o de los que parecen envilecernos con su contacto, mantente de tal modo firme y erguido, que al menos se pueda decir siempre de ti que eres un hombre".

Veáse, pues, como resultan válidas estas ideas para hoy; como, a través de los siglos, pueden permanecer actuales unos pensamientos cuando han calado en lo más hondo del ser humano. Esta es la actitud que, en épocas de crisis, cuando todo se tambalea y nada parece firma, debemos adoptar.

Miguel MOLINA